

LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN LA TURBULENCIA CONTEMPORÁNEA. REFLEXIONES EN TORNO A LA POLÍTICA SEGÚN DAVID RUNCIMAN

*Fredy Aldo Macedo Huamán**

DEMOCRATIC POLITICS IN THE CONTEMPORARY
TURBULENCE. REFLECTIONS ON POLITICS
ACCORDING TO DAVID RUNCIMAN

RESUMEN: La política democrática enfrenta una en-cruzijada histórica como modelo de convivencia colectiva, cultura pública y marco institucional. Ello exige una dosis adecuada de creatividad e imaginación para rediseñarla, reforzada con la valoración de sus mejores tradiciones y aportes. En este ensayo se ofrecen anotaciones críticas y aportan pistas entorno a esa cuestión previa, a partir del análisis de un libro de David Runciman, *Política* (2014), y de las implicaciones que conlleva asumir un tema contemporáneo: la política y el papel de los ciudadanos democráticos.

PALABRAS CLAVE: democracia liberal, política moderna, cultura pública, Estado de derecho, ciudadanía democrática.

ABSTRACT: Democratic politics faces a historic crossroads as a model of collective coexistence, public culture and institutional framework. This requires an adequate dose of creativity and imagination to redesign them, reinforced by the appreciation of their best traditions and contributions. This essay offers critical annotations and provides clues to the previous question, from the analysis of a book by David Runciman, *Politics* (2014), and the implications of taking on a contemporary issue: politics and the role of democratic citizens.

KEYWORDS: liberal democracy, modern politics, public culture, rule of law, democratic citizenship.

RECEPCIÓN: 17 de enero de 2017.
ACEPTACIÓN: 11 de enero de 2018.

* Universidad Iberoamericana.

LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN LA
TURBULENCIA CONTEMPORÁNEA.
REFLEXIONES EN TORNO
A LA POLÍTICA SEGÚN
DAVID RUNCIMAN

126

Abordar la política democrática en la época actual plantea retos a la creatividad y la imaginación. Motiva un examen profundo de lo andado. Aún más: sacude los marcos que sirven y sirvieron para ejercerla y pensarla. Nos recuerda que es una tarea ininterrumpida y mudable. Su rasgo estable reside, paradójicamente, en la exigencia continua de reconstruirla y repensarla. Pero habiendo llegado a un punto que brindaría a las sociedades cierto control —por las instituciones que erigen y los marcos valorativos que las une—, una pendiente descendente de alienación y distancia de la esfera de la política parece imponerse e incluso normalizarse. Lo contrario: la “obsesión por la política”, tampoco es una ruta posible deseable. En una sociedad democrá-

tica, la nulidad y la sobrecarga políticas resultan perniciosas por igual. La política deberá ser valorada en la dinámica social y cultural en su justa dimensión. Un entorno moderado en política propicia un mejor despliegue de la privacidad, las libertades y las interacciones civiles.

En tiempos turbulentos —en los que cierto sector emerge con gran arrebato, reclamando el olvido y la marginación a los que lo confinaron unas élites dominantes y que se asume como encarnación genuina del cambio y la justicia, del “pueblo”, con el fin de reivindicar su lugar en la historia—, (re)examinar las opciones, exigencias y redefiniciones de la *democracia* moderna (en su versión *liberal*) es cuestión central para el devenir de la huma-

nidad. Si a la tendencia aludida al inicio se la considera ya sea como un populismo —de particulares rasgos y formulaciones— o como expresión renovada del fascismo,¹ lo cierto es que una (auto)crítica esclarecedora y equilibrada, así como la (re)elaboración de la agenda que se quiere seguir (como resultado del diagnóstico previo), convocan a una gama amplia de actores: ciudadanos, activistas, periodistas, profesionales, estudiantes, intelectuales, líderes cívicos, emprendedores sociales, escritores, artistas, educadores, entre otros. Ese esfuerzo reflexivo y proactivo implicará, en principio, realizar un examen de la democracia contemporánea en dos vías: 1) una crítica interna a los participantes en el ejercicio democrático —al menos en las últimas tres décadas— sopesando sus

¹Sobre las nociones de populismo y fascismo —como posiciones diferenciadas— para caracterizar la política contemporánea, véanse Jan-Werner Müller, *What is populism?*, 2016, Filadelfia, University of Pennsylvania Press; Margaret Macmillan, “The new year and the new populism”, en *The Year Ahead, 2017: Fatal Attraction*, 2017, Praga, Project Syndicate, pp. 22-25; y Rob Riemen, *Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo*, 2017, México, Taurus. En la economía como veta disciplinaria, vale la pena revisar los aportes de Martin Wolf y Nouriel Roubini —para quienes, por ejemplo, el populismo de Trump es claramente *plutocrático*—, en “Donald Trump embodies how great republics meet their end”, *Financial Times*, 1 de marzo de 2016; y “Populist plutocracy and the future of America”, *Project Syndicate*, 11 de diciembre de 2017, en <<http://prosyn.org/7BykAfs>>.

limitaciones y desaciertos, producto de lo cual se asentó un modo de actuar e institucionalizar la política y la economía que hoy afecta a todos; y, 2) una revisión detenida del papel de los que responden hoy al escenario prevaleciente como abanderados de su transformación y mejoría, pretendiendo asumir salidas que enaltecen lo nacional, étnico y popular (es decir, un nativismo como centro de cohesión y orientación para los miembros de las comunidades políticas), pero fomentan una atmósfera de animosidad, cerrazón e imposición de sus propias narrativas, lenguajes y visión de los acontecimientos.

En este clima intelectual de búsqueda de claves interpretativas para entender, desde la política, el mundo contemporáneo se sitúa el libro de David Runciman, *Política*.² El profesor Runciman —quien abreva de una tradición en ciencias sociales (principalmente en sociología, política, filosofía e historia) en la que también se formó su padre, el sociólogo W. G. Runciman— es un estudioso de la política democrática y la teoría normativa que la sustenta, a partir de un riguroso examen histórico e intelectual de sus principios filosóficos, así como de la evolución de sus modos de pensamiento y formación de ideas, en la era moderna y contemporánea.

²David Runciman, *Política*, 2014, Madrid, Turner, trad. de Marta Alcaraz, 191 pp.

Planteamientos y examen general

Para Runciman, la *política* es una piedra angular en la generación de ideas y en la construcción de arreglos institucionales, así como en la revaloración de tradiciones intelectuales y marcos de entendimiento para comprender los escenarios actuales. Pero también emerge como una poderosa alerta civilizatoria que advierte lo terriblemente peligroso de quedarse (como individuos y ciudadanos) en la pasividad o la evasión de los desafíos del presente.

Runciman desarrolla una argumentación política coherente e incisiva. Sobre este eje plantea un conjunto de reflexiones y notas críticas, con un abordaje centrado fundamentalmente en la especificidad, usos, alcances y límites de la política. En suma, se trata de un examen con una apertura y un cierre muy bien delineados; usa un lenguaje digerible para cualquier ciudadano de a pie, sin perder la profundidad y el rigor propios de las ciencias sociales. Debido a ese estilo ágil y su clara orientación analítica, lo que resulta es un ejercicio sugerente y propositivo. El autor explora de manera estimulante ideas y líneas de indagación sobre la política en la sociedad contemporánea, pero también abre pautas para esbozar agendas de reflexión que seguramente seguirán inquietando en las próximas décadas.

La naturaleza específica de la política es un tema que actúa como punto de partida y elemento transversal de la obra. No podría ser de otro modo. El autor se apoya en una conceptualización rigurosa y esclarecedora para guiar al lector, paso a paso, en torno a la exposición de sus ideas y claves analíticas. La política emerge, así, como dimensión de la realidad social que deriva en un ejercicio autónomo o con valor propio y en un factor instrumental (como tal, siempre será una tarea o un dominio al servicio de algo) de las expectativas y logros que consigue. En ese marco de posibilidades, identificar su naturaleza implica discernirla a partir de *una capacidad configuradora en la vida pública e institucional de una sociedad*: dirimir conflictos, reservarse unas facultades coactivas sobre un ámbito colectivo, convocar ciertas identificaciones y sensibilidades compartidas, encauzar y cobijar las diferencias en una amplia esfera deliberativa, entre otros modos de expresión.

En segundo término, el autor trae a colación las funciones y el impacto de la tecnología en el ámbito sociopolítico. Delinear alcances e implicaciones no acepta análisis ligeros y unilaterales. La tecnología de la era digital coloca a las sociedades frente a un vector de sus posibilidades y flaquezas, y así como apalanca sus iniciativas y oportunidades, también

induce cegueras, intromisiones, cinismos y obstaculizaciones. En medio, el punto en el que se sitúa la política —como forma institucional: su calidad de *Estado*— es de desplazamiento, cómoda lejanía y ventaja para los fines de control gubernamental sobre las poblaciones, y de renuncia a asumir un papel protagónico y legítimo —en tanto agente democrático—, al someterse o aliarse con los intereses corporativos.

Este uso de la tecnología reviste una importancia nodal en la medida en que vincula la política con la economía desde las posiciones más elevadas del poder. Así, por ejemplo, países considerados potencias (Estados Unidos, China) o que poseen un peso relevante en la escena mundial, debido a la configuración específica en que se estableció el ejercicio del poder e influencia de los actores, por medio de sus gobiernos logran acomodar intereses, mecanismos y prerrogativas a favor de sectores con los que comparten cotos bien definidos o a los que se les avala una mejor posición. Los agentes de este peso que se impulsan y se dan la mano para propósitos no precisamente edificantes (vigilancia masiva e indiscriminada, espionaje industrial), no solo son gobiernos, sino también entidades privadas enormes por su transnacionalismo y perturbadora penetración económica, cultural y política en casi

todos los confines del planeta, como Google.³ Con ese entorno de expectativas y compromisos, las figuras clave que moverían los hilos del poder recaerían no tanto en políticos profesionales a la vieja usanza, sino que estarían personificadas en los *nuevos tecnócratas*: los expertos en tecnología sumamente capacitados en cuestiones financieras, militares, de mercadotecnia política y gestión técnica en los asuntos públicos. A esta lógica excluyente, que estrecha a niveles muy reducidos el ejercicio de la vida política, se suma una versión cada vez más *aristocratizante* de los círculos en los que se originan y socializan las élites políticas. El común denominador de las dinámicas de estos actores, los cuales poseen una influencia y un poder fáctico de gran magnitud, es la debilidad (o casi ausencia) de formas de rendición de cuentas capaces de someterlos a la institucionalidad democrática y la expresión ciudadana.

Por último, el tercer eje con el que cierra el ensayo es la justicia. Una política estable y eficaz (es decir, con capacidades suficientes y efectos genuinos ante las exigencias de una sociedad) implica un umbral de difícil acceso. Además de que exige que sus constructores posean perfiles y habi-

³ Para profundizar sobre el tema, véase también Siva Vaidhyathan, *La googlización de todo*, 2012, México, Océano.

lidades de muy alto nivel, así como que se asienten los marcos institucionales idóneos (según el contexto de cada nación), plantea respuestas a criterios que trascienden lo práctico y al oficio del político. Requiere también que se afronten y atiendan socialmente cuestiones de orden *ético*, esto es, pautas fundamentales basadas en la justicia y su debido encauzamiento en lo legal (por ejemplo, mediante la protección de los derechos humanos). De ahí la necesidad de recurrir a las lecciones y vetas de discusión que desarrolla la filosofía política. Aquí se retoman los planteamientos y aportes del neorrepblicanismo (Pocock, Skinner) y el enfoque de las capacidades (Sen, Nussbaum).

La política, tal como ha sido ejercida hasta hoy, llega a tener impactos institucionales y colectivos que son cruciales para la coexistencia pacífica de las sociedades (por la estabilidad y el ejercicio del Estado de derecho que es capaz de concretar). No obstante, está aún por debajo de exigencias sociales (como el reto de las desigualdades) y humanitarias (como la ayuda al desarrollo) del mundo, de modo que tendrá que dar cuenta de principios y compromisos sustantivos. Las alternativas que se vienen elaborando y discutiendo en el plano intelectual permiten identificar el panorama y sus vías de solución, pero

no llegan a convertirse en experiencias concretas y contrastables prácticas. Cuestiones que han llegado a extremos muy preocupantes en ciertas regiones del mundo (tales como la desigualdad social, la pobreza extrema, la violencia y la inestabilidad política), ponen muy en alto las exigencias y respuestas éticas de las que la política moderna debería hacerse cargo, más allá de su concentración habitual en los contornos nacionales, los aspectos técnicos y su manejo limitado del tiempo político debido a su cortoplacismo electoral.

Por otra parte, si el impacto de las necesidades, inestabilidades y grandes desatenciones que padecen zonas alejadas del mundo desarrollado obligan a pensar y actuar en una política de *escala mundial*, no está claro cómo arraigar y volver eficaz un poder de esa índole. Los esfuerzos con las entidades y la movilización de recursos que se han realizado hasta ahora son muy endebles y unilaterales o dan por resultado acciones socavadas rápidamente por la corrupción y capturadas por ejércitos privados. Por tanto, erigir un arreglo así supone enormes retos a la adecuación y refuerzo institucionales con el orden vigente, además de que implica realizar avances prudentes y graduales que no comprometan la paz lograda (o esperada) por las colectividades.

Algunos apuntes críticos

Una visión de conjunto acerca del libro de Runciman deja una sensación grata e incluso inspiradora: el ensayo permite recuperar pistas y trazos muy bien articulados sobre la política contemporánea a partir de sus dimensiones centrales y principales dificultades como un ámbito práctico, simbólico e institucional. Queda claro que se trata de una política asentada en la *democracia liberal* como su realización más promisoriosa y adaptable, pese a los embates externos y defectos propios a los que se enfrenta y con los que se reconstituye de modo permanente. En ese sentido, el autor logra en un grado significativo su propósito al proponer una lectura crítica y valiente sobre la experiencia que les toca vivir a los ciudadanos democráticos frente al tipo de Estados (y de élites gobernantes) que tienen y esperarían en el siglo actual. Su aportación, por ello, es atendible. Se trata de una radiografía analítica sustentada en un diagnóstico esclarecedor y en una esquematización de respuestas posibles: como ejercicio argumentativo sobre la política, se ocupa más de asuntos que afrontan los *qués* y los *porqués*, sin la pretensión de profundizar exhaustivamente en líneas estratégicas que respondan al *cómo* de lo que implicaría dicha tarea.

Más allá de lo indicado antes, sin demeritar las premisas básicas de *Política* de Runciman, emergen temas paralelos a la cuestión democrática actual y sus implicaciones, que complementariamente robustecerían las líneas claves que el autor propone en el conjunto de su argumentación:

- Además de las *vías alternativas* que ahí se tratan (neorrepublicanismo y enfoque de capacidades), merecerían también un mayor rescate aportaciones filosóficas, traducibles en modelos políticos viables, tales como la gobernanza interactiva, la democracia deliberativa, el constitucionalismo global, el institucionalismo centrado en los actores y otros.
- Resulta crucial para examinar y afrontar el rumbo de las sociedades contemporáneas, un abordaje más profundo de las condiciones y desafíos que presentan los sistemas democráticos a partir del eje *derecha/izquierda*, como marco central en las orientaciones que asume la política de los Estados, las diferenciaciones y vínculos entre los actores políticos, la orientación estratégica de las políticas y modos de gobernanza, y su resonancia en las agendas sociales, ambientales, económicas y culturales a largo plazo.

- Una revaloración del futuro y el lugar que les tocará encarar al *liberalismo* y al *constitucionalismo democrático*, en un contexto de declive, regresión e incluso socavamiento activo de sus logros institucionales, conquistas y reivindicaciones legales, e identificaciones socioculturales (también venidas a menos). Es un asunto nodal en la medida en que la sostenibilidad y fortaleza de las formaciones democráticas se juega en mucho en tales pilares políticos.
- Por último, en el futuro las democracias necesitarán superar el cortoplacismo electoral tan ligado a su vocación convencional desde inicios de la modernidad, para dar paso a opciones audaces y ambiciosas como aquellas que incluyan complementariamente *esquemas participativos y deliberativos* (con un carácter sinérgico y dotados formalmente de niveles de poder significativos), así como a las que incorporen arreglos y andamiajes basados en una estatalidad de largo plazo (una genuina *gobernanza estratégica*), que trasciendan los cortos ciclos electorales.

De unas décadas atrás, caracterizar a las democracias con la categoría de “crisis” devino en un lugar común.

Fue, y aun es, un rótulo muy mencionado para examinar las diversas expresiones que asumían. Se incluía, así, al modelo político que las define como sistema, a los partidos y sus formas de representación, a sus mecanismos de acceso y ejercicio de la participación, a los referentes valorativos y simbólicos que dejan traslucir su construcción como cultura... en fin. Si con ello se pretendió advertir declives y disfuncionalidades significativas, no siempre pareció prevalecer un uso adecuado del lenguaje sobre el asunto. En rigor, las democracias, en sus diferentes fases y grados de evolución, desde su surgimiento hasta la era moderna, no han sido ni podrían ser construcciones apacibles y sosegadas. Se asume que lo suyo es la agitación y el dinamismo internos. Lo paradójico, y a la vez apreciable, es que al tiempo que proveen estabilidad, por el destino agitado que las define tienen una gran capacidad de reajuste (de “adaptabilidad” dice Runciman) para afrontar las serias adversidades que se les presentan.

Recientemente, se han vuelto a considerar los estudios de la política democrática y han concitado interés y debates, no solo en el campo intelectual, sino también en la arena pública y civil. En particular, en los últimos años la atención se centra en el futuro y la calidad de las democracias contemporáneas; sobre todo,

considerando la capacidad institucional que respalda su perdurabilidad, la solidez de los procesos de consolidación que se les atribuía y el arraigo sociocultural que hacía que las sociedades las valoraran y defendieran. Ello, ya de por sí, plantea a académicos, periodistas y ciudadanos un panorama estimulante e inédito. Las aproximaciones iniciales revelan que las democracias contemporáneas se encuentran como nunca en un punto de inflexión, es decir, en una posición marcadamente incierta y ajetreada. Los últimos resultados electorales de 2016 y 2017 en distintas partes del mundo (en Europa y América, por ejemplo), la preferencia por ciertas posiciones políticas y rumbos de los modelos económicos (alineados con la extrema derecha), el decantamiento de las sociedades por las políticas migratorias (en rechazo de personas que proceden de otros países y culturas), el sentimiento de distancia e incluso repudio de los logros que habrían conseguido los sistemas democráticos y sus componentes liberales (como el Estado de derecho), que llega incluso a impulsar a ciertos sectores a pensar (desde dentro) en apoyar opciones no democráticas y antidemocráticas, estarían debilitando la política democrática tal como se conocía, de modo que algunos escritores, como Yoshua Mounk y Joe Stefan Foa, suponen que se encontraría

en fase de regresividad sistémica, a la que definen como “desconsolidación”.⁴

¿Qué es la *desconsolidación democrática*? Para Mounk y Foa, hay razones para sentirse preocupado. Esta categoría, a su modo de ver, estaría indicando una significativa regresión a lo institucional y cultural en el desarrollo democrático de los países: mientras, por un lado, el respaldo que se le daba a la democracia (como sistema) estaría en declive, por el otro, surgen alternativas antisistémicas (o no democráticas) que serían aceptadas y respaldadas por importantes sectores de la sociedad.⁵ En conjunto, las dos tendencias mutuamente reforzadas son señales críticas, con consecuencias aún insospechadas e inquietantes.

¿Es tan grave esta erosión y fractura de las democracias liberales? Algunos académicos que examinan los planteamientos de Foa y Mounk mantienen sus reservas y adoptan una posición serena al respecto.⁶ Señalan que hay más matices en el tema de lo que se podría suponer. Cuestionan, por ejemplo, si el desapego o la poca disposición a apoyar a la democracia

⁴ Robert Stefan Foa y Yascha Mounk (2016), “The danger of deconsolidation: The democratic disconnect”, *Journal of Democracy*, vol. 27, núm. 3, pp. 5-17.

⁵ Véase más al respecto en la nota 1.

⁶ Frederic Burnand, “¿Amenazadas las democracias occidentales?”, *SWI SWISSINFO.CH*, 2016, en <http://www.swissinfo.ch/spa/politica/d%C3%ADa-mundial-de-la-democracia_-amenazadas-las-democracias-occidentales-/42443992>.

implica necesariamente que esté a un paso de establecerse un régimen militar o si solo muestra el tamaño del descontento con el *statu quo*. Igualmente, se preguntan si el arribo al poder de partidos antisistema supondría, en todos los casos, el menoscabo y abandono del Estado de derecho y la continuidad de las democracias al concluir el régimen.

Los desplazamientos y la identificación con posiciones ideológicas de extrema derecha en buena parte del mundo —principalmente por el terreno que van ganando gobiernos y organizaciones políticas en Estados Unidos (con Donald Trump) y en algunas regiones de Europa (Francia, Austria, Hungría, Polonia, Turquía)—, parecían tener un impulso casi imparable; pero quizá, por fortuna, se encuentren ante un freno razonable y un sereno sentido de reflexión de corrientes nacionales e internacionales orientadas al centro (Trudeau, Macron, Merkel, Guterres). Con todo, las señales de alarma y agravamiento de una situación cada vez más amenazante y erosiva para la institucionalidad y cultura democráticas incitaron a los académicos (principalmente, politólogos e historiadores) a sumergirse con rigor, sistematicidad y sensibilidad para diagnosticar (y alertar) sobre un momento crucial para las sociedades, que exige una toma de postura capaz de desmontar tales embates y reafianzar los com-

promisos, a la luz de una contemporaneidad desafiante e intensa.⁷

Queda pues por delante la necesidad de realizar un ejercicio analítico mucho más refinado y contrastado sobre la calidad y el futuro de las democracias. Hay que responder con cautela y perspectiva diversas preguntas sobre las bases políticas y culturales del modelo democrático, las condiciones y lógicas de cambio de sus capacidades institucionales en una era digital (por ejemplo, censura y vigilancia o privacidad y libertades democráticas) y de mayor exposición a las tendencias globalizadoras, y a partir de ahí replantear las posibilidades de su arraigo y perdurabilidad como modelo político, cultura pública y esquema de interacción colectiva.

Política democrática: opciones e implicaciones

Con otro tono y sentido práctico, un amplio segmento generacional pretende haber innovado y dinamizado la acción política al reducirla al simple uso de tecnologías comunicativas (redes, chats, foros en línea), cuando la trampa de tal asombro es que así

⁷Para algunas indagaciones recientes sobre este lento (o, a veces, poco perceptible) socavamiento desde dentro de las democracias, véanse Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How democracies die*, 2018, Nueva York, Crown Publishing, y Yascha Mounk, *The people vs. democracy: Why our freedom is in danger and how to save it*, 2018, Cambridge, Harvard University Press.

se banalizan y dispersan las energías colectivas ante las capacidades movilizadoras y articuladoras, siempre exigibles en política.⁸

Más allá de las invocaciones simplistas, exaltadas e irreflexivas de la política, su revaloración responde a una inquietud seria por delimitar sus contornos analíticos y premisas filológicas, así como por asimilar los significados culturales y organizativos que promueve, al mismo tiempo que se aspira a recuperar su vocación configurativa en la disputa en torno a ideas, exigencias colectivas y marcos institucionales. Desde los clásicos como Durkheim y Weber, hasta filósofos, sociólogos y politólogos más recientes como Robert Dahl, Norberto Bobbio, Giovanni Sartori, Quentin Skinner, J. G. A. Pocock, Ralf Dahrendorf, Bernard Crick, Robert Putnam y Sheldon S. Wolin,⁹ entre otros

⁸Sobre las críticas a este optimismo tecnológico en política, véase Malcom Gladwell, “Small change. Why the revolution will not be tweeted”, *The New Yorker*, octubre de 2010, en <<http://www.newyorker.com/magazine/2010/10/04/small-change-malcolm-gladwell>>; y Evgeny Morozov, *El desengaño de internet. Los mitos de la libertad en la red*, 2012, Barcelona, Destino.

⁹Por ejemplo, Ralf Dahrendorf, *El conflicto social moderno: Ensayo sobre la política de la libertad*, 1990, Madrid, Mondadori; Bernard Crick, *En defensa de la política*, 2003, México, Tusquets; Robert Putnam, *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, 2002, Barcelona, Galaxia Gutenberg; y Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad e innovación en el pensamiento político occidental*, 2012, México, Fondo de Cultura Económica. Un aporte más reciente, que resulta estimulante y apasionado como recordatorio de la historia de la política contemporánea, es el

(incluyendo a pensadores clave de gran parte del siglo XX como Hannah Arendt, Thomas H. Marshall e Isaiah Berlin), esa vía de interés y compromiso provee una gama de “materiales” (conceptos, enfoques, claves, estilos y agendas) que hoy requerirán ser interrogados a la luz de la condición contemporánea que toca afrontar.

Uno podría pensar que los rasgos que más se extrañan hoy son la necesidad de cierta certeza y coherencia sociocultural para aquilatar nuestro tiempo. Pero lo tremendamente acelerado y desdibujado del paisaje contemporáneo puede mirarse desde otro ángulo. Se atestigua un replanteamiento de los códigos cognitivos, a fin de procesar la autoexpresión y las relaciones colectivas en una lógica difícil, pero necesaria, que reúna representación política, control público, debate social, pluralismo ideológico, protección de derechos y autodeterminación personal.

No es solo el destino de un país, partido o ideología, en particular, lo que está en juego, cuando la escena mundial es casi arrasada por la “colonización” sofisticada de un puñado de fuerzas indolentes y antipolíticas que despliegan tendencias ciegas apoyadas en su poder económico y cul-

ensayo del historiador Timothy Snyder, *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo XX*, 2017, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

tural, en un afán de oprimir, socavar y alienar la capacidad política de las sociedades civiles. Es más, cuando hay silencio, indiferencia y desconexión (como respuestas colectivas e individuales), se pone en riesgo la misma posibilidad de afrontar las amenazas al orden constitucional y los modos de ciudadanía. En suma, sin valores básicos de ciudadanía, las democracias flaquean o se desmoronan. (Sin que sea solo una deriva culturalista. En efecto: esto se refuerza, de modo regresivo, al conectar con arreglos dispuestos a socavar las bases democráticas del orden político.)

Por ello, retomar y profundizar (en foros académicos, debates cívicos, espacios culturales y artísticos) el valor de la política es un reclamo imposter-gable. Para los que ejercen una tarea intelectual y crítica pública desde las ciencias sociales, exige revisar y articular mejor los argumentos, opiniones e ideas forjadas en la acción político-civil. No hay nada más alejado de una realidad intensa y compleja (como la que se vive) como el supuesto de que la política moderna habría muerto o que estaría en fase terminal. Asumir lo contrario, esto es, que goza de su mayor auge y vitalidad, tampoco es realista. Análisis críticos y planteamientos ecuanímenes indican más bien que el momento actual es de confluencia entre pautas históricas, reorientaciones subjetivas y nuevas configuraciones, lo cual produce tendencias dotadas de un di-

namismo sociocultural y político de mayor calado, que habría que encauzar en una vía constructiva.

A juzgar por las oleadas que hoy sacuden al planeta (populismos extremos, desglobalización, nacionalismos exacerbados, xenofobia antinmigrante), no es la democracia liberal *per se* lo que está en tela de juicio. En ella residen aún claves apreciables, las cuales se soslayaron en su potencial práctico, además de su disposición a un diálogo con modelos contemporáneos (que podría ser fructífero). Ahora bien, lo anterior no implica que deba abandonarse su renovación ante los retos presentes. Por un lado, se impuso una versión simplificadora de la democracia, basada en un enfoque predominantemente tecnocrático y descontrolado que abonó en mucho el terreno para la situación reciente. Por el otro, quienes en su momento pudieron fortalecerla no crearon ni apuntalaron alternativas sólidas y viables. Al contrario, al abandonar la situación, hoy se tropieza con un importante estado de hipertrofia y desafección respecto al avance democrático esperable. Pese a todo, aún hay motivos para pensar que la democracia estaría en el mejor momento: al confrontarse a la encrucijada actual se verá si es capaz de salir adelante o si se convertirá en una reliquia, una que un día fue muy apreciada y que, al final, decayó por la complacencia de sus propios actores.